



La Esperanza, La Celia

Análisis económico de La caverna de José Saramago

SÍNTESIS

Tras reconocer la gran comprensión del funcionamiento del sistema económico que José Saramago demuestra en toda su obra literaria, este artículo critica la visión fatalista del mercado que se manifiesta en su novela *La caverna*, resaltando elementos valiosos del sistema que fueron excluidos de esta obra y ponderando el proceso de destrucción creativa estudiado por Schumpeter como uno de los pilares más importantes del progreso material y humano. Se muestra que la posición de Saramago en *La caverna* es más asociable a un espíritu ludista que a sus afinidades con el pensamiento comunista.

PALABRAS CLAVE:

Literatura y economía, destrucción creativa, sistema capitalista.

Clasificación JEL: Y30, Y70

ABSTRACT

After recognizing the tremendous comprehension of the economic system behavior that José Saramago shows in his whole literary work, this article criticizes the fatalist vision of markets that is manifested in his novel *The cave*, highlighting valuable elements of the system that were excluded of the novel, and appreciating the process of creative destruction studied by Schumpeter as one of the main pillars in material and human progress. It is shown that Saramago's approach in *The cave* is rather associable to a luddistic spirit than to his affinities with communist thinking.

KEY WORDS

Literature and economics, creative destruction, capitalist system.

JEL Classification : Y30, Y70

Análisis económico de *La caverna de José Saramago*



Juan Fernando Palacio Roldán*

Economic analysis of The Cave by José Saramago

Primera versión recibida el 7 de mayo de 2010; versión final aprobada el 11 de junio de 2010

Para citar este artículo: Palacio, Juan Fernando. (2010). "Análisis económico de *La caverna de José Saramago*". En: *Gestión y Región*. N.º. 9, (enero-junio, 2010); pp. 173-200.

*À memória do gênio.
Muito obrigado.*

Las ciencias sociales y las ciencias puras tienen una gran deuda con el arte en todas sus formas. La pintura, la literatura, el cine y hasta los seriados de televisión, pueden tener inmensos lazos con las ciencias y la filosofía, incluso en casos en los que estas no son el objeto principal de sus obras.

El aporte que hacen las manifestaciones artísticas es muy variado. Pueden, por ejemplo, ser retrato —a veces denuncia— de hechos que suceden en la realidad, ampliando la comprensión del observador. Se valen, a veces, del recurso de la metáfora, ya sea para despistar censuradores o por finas preferencias de estilo. En ocasiones, por el contrario, algunas obras fabrican un mundo distinto al de la realidad que, por oposición, da luces sobre cómo la realidad es. También se presentan los casos, tal vez los más sublimes, en los que una obra de arte cualquiera, sin pertenecer a los tipos anteriores, consigue fortuitamente servir de inspiración a un avance teórico o aplicado. Esta suerte de inclinación científica de esas obras es a veces intencional en sus autores, a veces magistralmente accidental.

Existe un buen número de esfuerzos de documentación de esas relaciones. Por ejemplo, Jorge Wagensberg (2010) ha mostrado cómo la pintura ha intentado hacer visible la cuarta dimensión, no palpable fácilmente por los seres humanos que habitamos un mundo —al menos aparentemente— tridimensional. *Las Meninas* de Velázquez serían un intento de incorporar la cuarta dimensión a manera de tiempo, con los gestos de los personajes dando sensación de movimiento, y el *Cristo Hipercúbico* de Dalí la incluiría gráficamente, desarrollando un cubo en un hipercubo, de la misma forma como el primero surge sucesivamente de la línea y del cuadrado. De forma semejante, los imposibles de M. C. Escher se han convertido en ejemplos clásicos de la nueva lógica de la física cuántica.

En el campo de la filosofía una llamativa colección de Blackwell Publishing y Open Court merece especial mención, dentro de la cual han publicado ya numerosos

* Juan Fernando Palacio Roldán. Economista y especialista en Estudios Políticos de la Universidad EAFIT. Docente de Coyuntura Económica Internacional y de Geopolítica de la Universidad EAFIT.

libros sobre los fundamentos filosóficos que hay detrás de los filmes, las composiciones de bandas musicales, los seriados de televisión, y hasta de los videojuegos más afamados de la época contemporánea. Entre los libros de la colección se encuentran *James Bond and Philosophy* (Held & South, 2006), *Quentin Tarantino and Philosophy* (Grenne & Mohammad, 2007), *Star Trek and Philosophy* (Eberl & Decker, 2008), *Pink Floyd and Philosophy* (Reisch, 2007), *The Simpsons and Philosophy* (Irving et al, 2001), *South Park and Philosophy* (Arp, 2007), *The Legend of Zelda and Philosophy* (Cuddy, 2009), entre otros. Estos libros son una amena prueba de agudeza analítica que demuestra la profundidad de sentido y de enseñanza que encierran estos íconos del arte contemporáneo, muchas veces despreciados por los doctos a causa de su popularidad o de su apariencia superficial.

En psicología deben ser innumerables los trabajos que asocian obras literarias con este campo de estudio, y más recientemente aquellas que lo asocien con el cine y la televisión serían muy pertinentes. Muchos trabajos, de otros campos, también podrían ser mencionados.

En economía existe alguna tradición en la materia. Desde los 70 en adelante, en América Latina, la obra *Para leer el Pato Donald* (Dorfman y Mattelart, 1972) se convirtió en un clásico—con claros tintes políticos de izquierda—que hacía uso de la teoría económica para develar una suerte de propaganda de la ética capitalista realizada por las historietas de Walt Disney, dando éstas lecciones de individualismo, maximización de las utilidades, desarraigo familiar y unos toques de usura. En años más recientes se publicó *La economía explicada a mis hijos* (Krause, 2003). En este trabajo, el autor emprende la titánica tarea de asociar diversos elementos de la teoría económica con detalles de numerosas obras literarias de corte aparentemente infantil. Hace una labor excelente, si bien el público apto para su libro puede distar un poco del que indica su título. Otro ejemplo es el capítulo 9 de *South Park and Philosophy* (Arp, 2007). En este, Paul A. Cantor, el autor del capítulo, realiza una interesante —y agresiva— defensa del sistema capitalista basándose en algunos episodios de esta serie de televisión y marcando una gran diferencia con respecto a la visión típicamente negativa que desde Hollywood se proyecta del mercado y de las grandes corporaciones.

Lo que se seguirá en este artículo es un ejercicio similar a los mencionados, haciendo uso de una obra literaria para reflexionar sobre el funcionamiento del sistema económico, en particular del sistema de mercado, de sus fallas y de sus virtudes, de la mano de uno de los novelistas más importantes y meritorios de los últimos tiempos. José Saramago, por su estilo crítico y por los temas de sus obras, es un autor ideal de estudiar, usando sus ideas para comprender mejor la teoría económica y más directamente el funcionamiento de la economía. Este es un artículo crítico debido a la novela elegida para analizar. En ese sentido, no se le hace justicia a la obra del autor, que, en términos generales, constituye una de las mejores demostraciones de entendimiento agudo acerca de cómo es y cómo

funciona la sociedad, en todas sus vertientes, incluida la económica. Será imperativo corregir esa injusticia en futuros estudios.

La obra de Saramago y su relación con la economía

Saramago es un genio literario. No exagera Bloom cuando lo considera uno de los grandes titanes de la literatura occidental (2003: 11-12). Su prosa es densa y fluida, cargada de lucidez omnisapiente, de un insuperable sentido del humor, atravesada por un conocimiento profundo de los seres humanos, sin que oculte tonos espirituales dulces y compasivos. Su mente privilegiada es capaz de una arquitectura literaria equivalente a una catedral inmensa, jamás hecha, coherente y repleta de preciosidades artísticas. Su estilo es original e inconfundible. Sabe cómo tocar en los lectores las fibras más profundas del desasosiego, del desagrado, del dolor espiritual, y cómo elevarlos luego magistralmente a los altares de la dicha, de la sorpresa, de la alegría y de la creatividad. Los temas que aborda son tan alucinantes como vigentes. No le teme a la textura de la sociedad moderna; de hecho, aun con su edad avanzada, es uno de los autores que mejor entiende esta realidad social caracterizada por la urbanización, la tecnología, la política contemporánea, la vida de la clase media, los medios de comunicación y la ubicuidad de los mercados.

En ese último punto su obra es especialmente deslumbrante. Es poco común, incluso entre los estudiosos de la materia, una claridad tan grande sobre el funcionamiento del sistema económico como la que demuestra José Saramago. Algunos de sus cuentos, como *Reflujo* y *Casi un objeto* (1998), y de sus novelas, como *Ensayo sobre la ceguera* (1995) y *Las intermitencias de la muerte* (2006), entre otros, dan cuenta de una comprensión penetrante, casi fácil, de la mecánica del mercado, de sus leyes y su espontaneidad, de los intereses que mueven las acciones de sus agentes, con un detallismo que alcanza hasta tópicos de la geografía económica, la teoría del valor-trabajo, la macroeconomía avanzada y la economía del sector público. Para los estudiosos de la economía y de la administración, ciertas obras de Saramago deberían preceder en la educación universitaria a los gordos volúmenes de principios de economía. Su novela *La caverna* (2001), publicada en 2001 en lengua española y tema central de esta reflexión, también debe incluirse en el conjunto de trabajos suyos en los que muestra un gran talento para describir la organización económica de la sociedad, a un punto en que queda claro que no se trata sólo de un asunto netamente marginal en su obra, sino que constituye uno de sus principales temas de interés.

Análisis de *La caverna*

En *La caverna*, Saramago pone su prosa robusta y placentera al servicio de la historia de la última generación de los Algor, una familia de alfareros de periferia que viven de producir cerámica en exclusiva para un gigantesco centro comercial de la

ciudad, y a la que súbitamente le suspenden los pedidos de las lozas por la aparición de utensilios plásticos más baratos, livianos y duraderos que las reemplazan. Padre e hija entienden el fracaso de la empresa familiar como una sentencia que les dicta la sociedad de que ya no son útiles para ella. Luego de un fallido intento de diversificación del producto, el yerno del alfarero, guardia de seguridad del centro comercial, gracias a su asenso salva a la familia de la ruina llevándosela allí. Instalados en la moderna construcción, sienten como una revelación las excavaciones subterráneas que descubren cadáveres dispuestos exactamente como los del mito de la caverna de Platón, y la familia huye lejos de la vida artificial del centro comercial, más allá de la ciudad, a un paraje no relatado.

El mensaje central que transmite la novela es que la nueva economía aplasta impiadosamente a las personas, tratándolas como meros objetos sin ningún escrúpulo ético, sin ninguna conmiseración. Lo máspreciado del sentir humano muere de asfixia acorralado por un consumismo campante y absurdo. La vida real pierde terreno ante una nueva vida artificial impulsada por un sistema de mercado caprichoso e inestable de lógica irracional. La obra invita al lector a una toma de conciencia sobre las imposturas de la vida moderna, y sugiere, sin planes explícitos, una radical transformación del orden de cosas no simplemente para “cambiar de vida”, sino para “cambiar la vida”.

Desde el punto de vista literario *La caverna* es una gran obra que encaja cómodamente en el estilo y las temáticas característicos de Saramago. La narración es magnífica, no se abandona nunca el humor dulce que acompaña la prosa, la construcción de los personajes es solemne e inolvidable, y las digresiones líricas y filosóficas son bellísimas las unas y agudas e inquietantes las otras. Él mismo ha expresado que se trata de una de sus novelas más valiosas, aunque, seguramente, en su juicio de valor no se limita a consideraciones puramente estéticas.

No es entonces allí en donde se encuentra la debilidad más grande del texto, sino en la inexactitud de su planteamiento central, defendido con la exposición de un hecho particular, que queda corto si se pretende ejemplificar con él un caso general de la transformación de la economía y de la cultura. Resulta paradójico que uno de los novelistas que mejor entiende el funcionamiento del mercado, sea a la vez un fatalista del mercado. Sucede generalmente lo contrario: quienes menos comprenden son quienes más critican. Se trata pues de un caso extraño, en que debemos resistirnos a aseverar que son las raíces comunistas del autor las que explican su visión disidente y acusadora, como se explicará en breve.

La narración de *La caverna* está recorrida por una profunda nostalgia frente al cambio y por una visión negativa –o incompleta– del progreso material. El autor ve cómo el cinturón verde de la ciudad está cubierto de plásticos polvorientos pero es indiferente a que en su interior se gestan vegetales saludables (que se han salvado de ese polvo que se quedó en los plásticos). Ve que la construcción de zonas residenciales en la

periferia fuerza el cinturón de chabolas más hacia el exterior, pero no ve que muchos de los habitantes de esas nuevas zonas suelen ser anteriores habitantes de las chabolas. Ve que los camiones expulsan repugnantes humos tóxicos, pero no ve que gracias a esto se produce la proeza –todavía fabulosa– de que setenta toneladas de carga se desplacen a ciento veinte kilómetros por hora. Ve que los directores de compras deciden cruelmente (como si estuviera en sus manos la decisión) detener los pedidos de un producto del que depende la vida (más bien el estilo de vida) de una familia, pero no ve que el motivo de esa decisión es un cambio en las preferencias de los compradores, por demás inteligente, y que de no hacerlo las familias que se van a poner en peligro son las de esos directores de compras.

Contrario a lo que sucede en otras de las obras de Saramago, en esta no hay Estado ni instituciones. No hay economía mixta (en la que el Estado tome decisiones de asignación económica a la par con el mercado para –entre otros propósitos– proteger a la población desfavorecida). No aparecen por ende subsidios de desempleo, no hay créditos preferenciales para la readaptación productiva de las pymes, tampoco bolsas estatales de empleo ni acompañamiento y capacitación gratuita a los desempleados, no hay sistemas de pensiones obligatorias, elementos todos estos tan comunes en los sistemas económicos europeos que le deberían resultar familiares al autor. Tampoco, en la alfarería, hay planeación de ventas, no hay astucia para esquivar contratos leoninos que exigen exclusividad para el cliente, no hay agremiaciones nacionales de alfareros, no hay congresos bianuales sobre las tendencias de la alfarería, no hay magazín especializado del sector que ilustre a los gerentes alfareros la dinámica del mercado, y lo más asombroso: no hay ahorro acumulado para la reinversión en las cuentas bancarias de la familia Algor –el mismo que debieron alimentar un día el padre y el abuelo a fin de llevar con éxito la alfarería hasta las manos de Cipriano, el ahora dueño de la pequeña fábrica (¿habrá sido digno heredero él de la inteligencia para los negocios que había demostrado tener su abuelo al haber fundado la alfarería cuando era propicio hacerlo?). Sólo están, en la novela, el gran Centro todopoderoso y maligno, y la pequeña alfarería indefensa y último escondrijo de humanidad, que será en breve devorada, o más bien que se marchitará cuando el Centro indiferente le suspenda el suministro de oxígeno financiero. Buscando Saramago hacer una metáfora simple para que se comprendiera la realidad de la sociedad, terminó desfigurándola hasta convertir su metáfora en un modelo inadecuado.

El libro narra pues tan solo un ejemplo más del viejo, hoy acelerado, siempre interminable, y por último siempre agri dulce, proceso de *destrucción creativa*, analizado ampliamente por Schumpeter (Schumpeter, 1957; Estey, 1960) por medio del cual el sistema económico se adapta a los avances tecnológicos. El proceso es implacable: acabó con la industria de los carruajes cuando apareció el automóvil, extinguió el negocio del transporte de bloques de hielo desde los nevados hasta las ciudades cuando se inventó el refrigerador, le impuso innumerables retos a la industria de la cerámica cuando se desarrolló la industria de

los polímeros, y en el futuro hará que desaparezca la industria de los rotativos por el surgimiento de Internet y de las tecnologías de la información. Sin embargo, por más implacable que haya sido, el proceso no ha impedido (de hecho, ha sido un factor positivo determinante) que la población mundial haya alcanzado cifras record y que la calidad de vida material y la capacidad de acceso de las personas no paren de elevarse (Bhagwati, 2004).

Puede al menos decirse dos cosas a favor de la destrucción creativa, por más dolorosa (pero no aniquiladora) que sea cuando, como individuos, somos víctimas de ella. Primero, que en la historia económica de la humanidad las innovaciones tecnológicas, por más destructoras de empleo que hayan sido, jamás han impedido que la sociedad se reorganice sin expulsar a nadie de su seno y mejorándoles a todos gradualmente su calidad de vida. ¿Mejor la profesión de alfarero que la de guardia? Sólo tal vez, pero, ¿todos los yernos de alfareros se vuelven guardias? ¿Será que al menos lo hacen la mayoría? ¿Algunos yernos de alfarero no se volverán profesores, administradores, agregados diplomáticos, ingenieros? El oficio de cazador le abrió paso al oficio de agricultor, el agricultor le ha abierto paso al obrero, y los hijos de los obreros de ayer son los ingenieros, los administradores y los abogados de hoy. Las fases de transición de un orden tecnológico a otro son muy dolorosas para la vida de muchas personas, pero no son fases permanentes, se superan, y muchas veces los individuos cuentan con un satisfactorio apoyo del Estado, con planes de acción gremiales, y con inteligencia y recursos para la adaptación.

Segundo, que el ser humano es siempre ser humano. Las nuevas tecnologías y los nuevos empleos creados parecen fríos en principio, pero el hombre los *humaniza*. La relación espiritual que tiene el mecánico de hoy con su trabajo es semejante a la que tuvo el alfarero de ayer con el suyo y a la que tendrá mañana el experto en sistemas con los algoritmos de su computador. El aeropuerto le resultará artificial y postizo a un hombre de campo de sesenta años, pero a la mitad de la generación de jóvenes del mundo le parece que es parte de su ser y su andar, parte esencial de su espacio vital.

Por eso es práctico entender a Saramago más como ludista (Jones, 2006) que como comunista. Un comunista de la talla de Marx o Engels es un progresista que reconoce la importancia de la eficiencia económica a la hora de organizar la sociedad, y que no se opondría a ciertos “sacrificios culturales” (que no necesariamente son tal cosa) a cambio de afinar las plataformas de colaboración internacional del trabajo que profundicen esa eficiencia. Suele suceder con muchos de los que hoy se reclamen del comunismo o de la izquierda que, al renegar de la lógica del mercado, van en contravía de sus propios postulados. Saramago en *La caverna* se revela más como un pensador que desconfía sobremanera de la capacidad que tiene la sociedad de auto-organizarse, que pierde energías en un innecesario temor a un eventual aniquilamiento de lo humano que hay en el hombre a costa del mercado, que sólo entiende progreso material como decadencia humana, que todavía no acepta con ecuanimidad que la sociedad no es

perfectible, y que se resiste, por último, a reconocer las virtudes de esa sociedad que lo rodea –tapándose los ojos, en cambio, ante las barbaridades cubanas y las de estirpe semejante¹.

Equiparar la sociedad moderna y la nueva economía con el mito de la caverna de Platón es legítimo y útil. No obstante, dado el significado tan amplio que tiene el mito de la caverna, casi cualquier cosa, cualquier marco, cualquier molde, puede equipararse con ella. Fieles a Platón, en la obra de Saramago, la alfarería en sí misma, o el pequeño poblado en que vivía la familia de alfareros, son dignos de merecer, al igual que el Centro, el apelativo de cavernas. Nunca se erige una caverna sobre un mundo libre, siempre sobre un mundo igual de oscuro y preso. Una caverna siempre ha suplantado a otra. De cadenas está hecha la *cadena* genética del ser humano. ¿Por qué tanto alboroto, entonces, por la erección de una nueva? El escape de la caverna, muy a pesar del mito platónico y de la novela misma, *no es* un escape locativo (“*la ciudad te seguirá*”, fundarás otra, con los mismos vicios, a donde quiera que vayas²), sino que debe entenderse como un cambio de actitud, como una habilidad para defender lo humano en lo nuevo, para adaptar lo humano a lo nuevo, y de mantener encendida la pasión por el entendimiento, defendiéndola de la comodidad y de la pasividad del *statu quo*.

Regresando al planteamiento central de la novela, de que la nueva economía deshumaniza al hombre, habría que responder, con el tono de Whitman, que no ha habido más humanización que ahora, ni más deshumanización que ahora³. La cultura, la sensibilidad humana, el espíritu compasivo, son cosas que no mueren sino que se transforman, manifestándose de nuevas maneras con cada cambio, lento o veloz, que da la sociedad. Lo poético jamás muere. Se siguen demorando los artistas en detectar lo poético del mercado y del supermercado, y las virtudes éticas, líricas y románticas del centro comercial.

BIBLIOGRAFÍA

Arp, Robert (Ed.) (2007). *South Park and Philosophy. You know, I learned something today*. Malden: Blackwell Publishing.

Bhagwati, Jagdish (2004). *In defense of globalization*. New York: Oxford University Press.

Bloom, Harold (2003). *Genius: A Mosaic of One Hundred Exemplary Creative Minds*. New York: Warner Books.

¹ Fueron de conocimiento público sus apoyos al régimen cubano y venezolano, así como su aceptación de métodos terroristas en la defensa de la causa palestina.

² Alusión al poema de Cavafis.

³ Alusión al poema 3 de *Canto a mí mismo*.

Cuddy, Luke (Ed.) (2008). *The Legend of Zelda and Philosophy. I link therefore I am*. Chicago: Open Court.

Dorfman, Ariel y Mattelart, Armand (1972). *Para leer el Pato Donald*. México: Siglo veintiuno editores.

Eberl, Jason T. & Decker, Kevin S. (Eds.) (2008). *Star Trek and Philosophy. The Wrath of Kant*. Chicago: Open Court.

Estey, James A. (1960). *Tratado sobre los ciclos económicos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Greene, Richard & Mohammad, K. Silern (Eds.) (2007). *Quentin Tarantino and Philosophy. How to philosophize with a pair of pliers and a blowtorch*. Chicago: Open Court.

Held, Jacob M. & South, James B. (Eds.) (2006). *James Bond and Philosophy. Questions are forever*. Chicago: Open Court.

Irwin, William; Conard, Mark T. & Skoble, Aeon J. (Eds.) (2001). *The Simpsons and Philosophy. The D'oh! of Homer*. Chicago: Open Court.

Jones, Steven E. (2006). *Against technology. From the Luddites to Neo-Luddism*. New York: Routledge.

Krause, Martin (2003). *La economía explicada a mis hijos*. Bogotá: Aguilar.

Reisch, George A. (Ed.) (2007). *Pink Floyd and Philosophy. Careful with that axiom, Eugene*. Chicago: Open Court.

Saramago, José (2006). *Las intermitencias de la muerte*. Bogotá: Punto de lectura.

_____ (2001). *La caverna*. Bogotá: Alfaguara.

_____ (1998). *Casi un objeto*. Bogotá: Alfaguara.

_____ (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Bogotá: Punto de lectura.

Schumpeter, Joseph A. (1957). *Teoría del desenvolvimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

Wagensberg, Jorge (2010, Mayo). *Lo bello y lo inteligible*. Conferencia dictada en la Universidad EAFIT, Medellín. Disponible en <http://envivo.eafit.edu.co/consola.jsp?nombreVideo=fisica/lobelloylointeligente13Mayo2010.wmv>.